

CAPÍTULO XIX.

EL 6 de Abril llegó el duque de Chartres á Mons. Se saben ya los peligros que habia corrido en el camino; pero un peligro mayor aun le esperaba despues de su llegada.

El príncipe de Saxe-Cobourg le ofreció que entrara al servicio del imperio con el grado que tenia en el ejército francés.

El duque de Chartres rehusó.

¿Esta repulsa provino de su corazón ó de su inteligencia? Se ha discutido mucho sobre esto. Nuestra opinion es que vino de ambas.

Lo que debilitó el ánimo del duque de Orleans, y lo que perdió al rey fué el grande desprecio con que veian á los hombres. En la época de que hablamos, el duque de Chartres habia aprendido á temerlos, pero no habia aprendido aun á despreciarlos.

Respondió, pues, al príncipe de Saxe-Cobourg, que todo lo que deseaba era un pasaporte para Cesar Ducret, su ayudante, y otro para sí.

Los obtuvo, y despues de haber avisado de su partida á su madre que estaba incomunicada en el castillo del viejo duque de Penthièvre, se puso en camino como viajero inglés, bajo el nombre de Co. by.

Contaba pasar á Suiza por Liege, Aix-la-Chapelle y Cologne.

Mientras tanto, Dumouriez publicó la siguiente carta en los periódicos alemanes é ingleses:

“Sabeior que se han concebido algunas sospechas respecto á mis intenciones, y que se habla de una liga que se supone existir entre mí y Felipe de Orleans, príncipe francés, conocido bajo el nombre de Igualdad; deseoso de conservar la estimacion de que cada dia recibo las mas honrosas pruebas, me apresuro á declarar que ignoro si realmente existe una faccion de Orleans, y que jamas me ha ligado lazo alguno, con el príncipe, á quien se supone ser el jefe ó el pretesto. Que *jamás lo he apreciado*, y que desde la época funesta en que desgarró los lazos de la sangre, y que faltó á todas las leyes conocidas, votando por la muerte del infortunado Luis XVI, *sobre lo que manifestó su opinion con la mas atroz impudencia; mi desprecio hácia él se cambió en una legítima aversión que me inspira el único deseo de verlo entregado á la severidad de las leyes.*

“Con respecto á sus hijos, los creo dotados de tantas virtudes como él tiene vicios; ellos han servido muy bien á su patria en los ejércitos que yo mandaba, sin mostrar jamas ambicion; profeso una grande amistad al primogénito, fundada en la estimacion mas bien merecida; estoy seguro de que *muy lejos de aspirar alguna vez al trono de Francia*, huiria hasta el fin del mundo, antes que verse obligado á ocuparlo. Confieso ademas que si *por los crímenes de su padre*, ó por los atroces resultados de la anarquía y de las facciones, llegare al caso de despreciar las virtudes que ha mostrado hasta ahora y cegado por la ambicion tuviese la baja de aprovecharse de la espantosa catástrofe que ha llenado de duelo á la parte sana de Francia y á la Europa entera, para aspirar alguna vez á la corona, le profesaria un odio eterno y lo veria *con el mismo desprecio que á su padre.*”

Es estraño como despues de esta carta, publicada como dijimos en los diarios ingleses y alemanes, subsistió

aquella grande intimidación entre el duque de Chartres y Dumouriez. ¿Hay en el mundo motivos políticos tan poderosos que hagan que un hijo perdone semejantes ultrajes hechos á su padre?

Por nuestra parte no lo comprendemos.

Es cierto que despues no hemos comprendido tampoco la intimidación casi tierna con que madama la baronesa de Faucheret era recibida en el castillo de Neully.

Pero lo que se comprenderá menos todavía, es el giro que vamos á dar á esta primera carta de Dumouriez. La segunda fué escrita á Charette y se encontró entre sus papeles.

La reproducimos original. Ya veremos hasta que punto se debía fiar en las protestas republicanas de Dumouriez y hasta qué grado debía llevar el desprecio que le habia inspirado el aspirantismo al trono, del duque de Chartres (1).

Ya se sabe cuál fué la respuesta de Charette.

Cierto que era corta pero espresiva.

Desgraciadamente nos es casi imposible poderla citar.

En el intervalo que media entre estas dos cartas, de las que, lo confesamos francamente, querriamos ver ignorante al duque de Chartres de la primera, mas bien que de la segunda,—volvamos á él y sigámosle en su peregrinación,—es decir, en una de las épocas mas nobles y leales de su vida.

En Francfort supo el príncipe la prisión de su padre y de sus dos hermanos. Sin duda que si ellos hubiesen permanecido en París, y si su proceso hubiese sido urgente, el duque de Chartres se habria espuesto á todo para ir á defenderlos; y á la verdad, hubiera sido un grandioso espectáculo digno de los tiempos antiguos, el del jóven vencedor vinien-

(1) Véanse las notas justificativas número 3.

do del fondo de su destierro para defender contra los verdugos á su padre y sus hermanos.

Sabiendo, al contrario, que habian enviado á Marsella á su padre y sus hermanos, el jóven príncipe creyó seguramente que un genio protector velaba sobre ellos, y que una mano amiga los empujaba fuera del círculo trazado por la muerte.

Ya vimos que se habia engañado.

El duque de Chartres continuó su camino hácia Vâle, llevando con él esta noticia; pesada y dura carga que oprimia su corazón.

M. de Montjoie habitaba en Vâle; el duque de Chartres iba á encontrar un asilo cerca de aquel amigo fiel; pero fué reconocido por madama de Condé y por un capitán de suecos realistas. El conde de Monjoie le aconsejó que partiese para Chaffóuse, en cuyo punto se habian refugiado la princesa Adelaida y madama de Genlis.

La princesa se enfermó allí, y á pesar de que no estaba segura permaneciendo en esa ciudad, se quedó sin embargo en ella con su hermano y su aya hasta el 6 de Mayo.

El 7 salieron para Zurich, pero reconocidos casi luego que llegaron, les fué preciso pasar á Zug. Allí, los tres fugitivos se dieron á conocer como irlandeses, lo que les era tanto mas fácil cuanto que los tres hablaban el inglés como si fuera su propio idioma.

El 14 de Mayo alquilaron una casita, aislada, sobre los bordes del lago y allí se establecieron. Pero su tranquilidad no duró mucho: reconocidos al cabo de un mes, comenzaron las persecuciones y esta vez fueron tan brutales, que poco faltó para que la princesa perdiera la vida. Una gran piedra rompió la ventana y poco faltó para que tocando á la princesa ocasionara su muerte. Entonces el duque de Chartres se lanzó fuera de la casa, y armado de un garrote, arma que manejaba bastante bien, dispersó á los seis ú ocho aldeanos que la cercaban. Pero una vez ejecutada felizmente esta

salida, convinieron, cuando volvió á entrar, en que una separacion era absolutamente precisa para la seguridad de cada uno de ellos. Pero ¿dónde ir? ¿Qué hacer? ¿A qué Canton pedirian un asilo, cuando se veian arrojados de los dos Cantones mas tolerantes de la Suiza?

Por fortuna M. de Montjoie se acordó entonces del general Montesquiou: este acababa de conquistar la Savoya, y la Convencion habia recompensado sus méritos desterrándolo. Pero como en la época de su mando en los Alpes, habia hecho grandes servicios á Ginebra, la Suiza reconocida le habria ofrecido hospitalidad.

El general Montesquiou habitaba en Bremgasten.

Madama de Genlis le escribió y le manifestó su situacion.

Al momento el general llamó al lado suyo á toda la ilustre familia desterrada, é hizo entrar á madama Adelaida y á madama de Genlis al convento de Sta. Clara, situado á un cuarto de legua de Bremgasten.

En cuanto al duque de Chartres, el general le aconsejó que dejara pasar aquellos dias borrascosos viajando de incógnito, á fin de que algun dia tuviera esta página pintoresca en el libro de su vida.

Esta era la opinion de Dumouriez. Desterrado tambien, este vencedor escribia al otro vencedor, desterrado como él:

“Mi querido Montesquiou, dad por mí un abrazo á nuestro jóven. Lo que haceis por él es digno de vos. Que se aproveche de su desgracia para instruirse y fortificarse. Estas revoluciones pasarán y entonces volverá á ocupar el lugar que merece. Invítadle á que haga un diario circunstanciado de su viaje. Además, será muy curioso ver el diario de un Borbon que trata de otras cosas diversas de la caza, de las mujeres y de los banquetes; me alegraré de que esta obra que podrá dar á luz algun dia, le sirva de certificado de su vida, ya sea que vuelva á su patria ó que lo hagan volver. Los príncipes deben producir odiseas mas bien que pastorales.”

A consecuencia de este doble consejo, el duque de Chartres se separó de su hermana y se fué á Vale. M. de Montjoie lo esperaba allí, pero solo para decirle adios. Se vendieron los caballos escepto uno. Se sacaron sesenta lises de esta venta, y el 20 de Junio de 1794 partió el príncipe con un solo criado.

Este era aquel mismo Baudoin que, en la huida de Saint-Arnaud, habia espuesto su vida por salvar la de Dumouriez.

Baudoin estaba enfermo, y sin embargo no habia querido separarse de su jóven amo; por su parte, el duque de Chartres, no teniendo, como dijimos, mas que un caballo, lo dió á su criado y caminó á pié junto á él.

Además, este era el mejor modo de visitar la Suiza; de esta manera vió á Neuchâtel, Morat, Uri, Unterwald, Burglen, Kussnack, el fondo de Hamsbourg, cuna de la casa de Austria; á Grindewald con su azulado ventisquero, á Rosenlowi donde las rosas de los Alpes crecen en medio de las nieves, el puente del diablo donde Massina debia sepultar el ejército de Jouvarroo, el Saint-Ghôtard, donde rusos y franceses debian luchar en medio de las nieves, y donde los religiosos rehusaron hospedar al príncipe, diciendo que ellos no albergaban á los caminantes de á pié de su especie, y lo enviaron bajo un cobertizo donde participó de la cena y de la cama de los arrieros; á Gordona, donde la posadera, por su vestido lo hizo ir al pajar donde, muy feliz con haber hallado un lecho de paja, despertó en la mañana siguiente vigilado por su huésped que con un fusil en la mano aguardaba la paga de su hospitalidad; y á Lucerna, en fin, donde á pesar de lo pobre que estaba, pero mas rico aun que un pobre sacerdote que por falta de un óbolo, aguardaba á la orilla del lago, pagó el pasaje del siervo de Dios.

Por económico que fuera el duque de Chartres, y á pesar de las privaciones que se habia impuesto vendiendo su caballo, echó mano al fin del último luis que le quedaba;

iba á cambiarlo cuando recibió una carta de M. de Montesquiou á quien habia escrito pidiéndole algun dinero; el general estaba tan pobre como el viajero; pero á falta de dinero le ofrecia un recurso.

El general Montesquiou estaba intimamente ligado con el capitán Aloyse Joct de Saint-Georges, director de la prison de Richeneau; una plaza prometida habia quedado vacante, el nombrado no habia venido á desempeñarla, y no se le podia aguardar por mas tiempo. Este titular era de una gran familia y se llamaba Chaland Latour.

El príncipe se presentó bajo este nombre, sufrió sus exámenes y fué admitido como profesor de geografia, con un sueldo de mil quinientos francos.

El que escribe estas líneas visitó este mismo colegio 37 años despues. Hacia dos años que el ex-profesor era rey de Francia, y sin duda es curioso ver lo que escribia en esta epoca el historiador de aquella estraña asistencia, lleno de altas cumbres y de profundos precipicios, como aquella Suiza que por entonces le daba hospitalidad.

La carta estaba dirigida á su hijo, heredero presuntivo de la corona. ¡Ah! ella contenia una triste advertencia que el tiempo se ha encargado de realizar. (1)

Por otra parte, esta permanencia en Richeneau, era, preciso es decirlo, uno de los recuerdos que mas amorosamente acariciaba el duque de Orleans y aun el mismo rey.

Siendo duque de Orleans, hizo pintar un cuadro que representaba la sala de estudios de Richeneau; se le habia representado en él, de pié, dando una leccion de geografia en medio de los profesores y de los discípulos.

[1] Véanse las notas justificativas, número 4.

CAPÍTULO XX.

ENTRE tanto llegó la revolucion del 9 thermidor; el duque de Chartres, entonces duque de Orleans, creyó ver en ella un dichoso cambio en su situacion, el viento soplabá en favor no solo del moderantismo, sino aun de la reaccion; en este cambio creyó poder recoger algunos restos de la fortuna de su padre; resolvió dejar el colegio, y provisto de un certificado en que constaba su aptitud para enseñar, y de un pasaporte con el nombre de Corby, firmado por todas las autoridades de Richeneau y de Coire, emprendió el camino á pié con su equipaje á la espalda.

Baudoin, que habia venido con él de Richeneau, pero que en su calidad de palafrenero no ha podido profesar la equitacion en aquellas montañas en que solo las cabras pueden subir, partió primero y fué á prevenir á Mr. de Montesquiou de la vuelta de su amo.

El duque de Orleans encontró á Baudoin aguardándolo á una media legua de Bremgasten.

El camino estaba libre. M. Montesquiou, menos espiado que la vez primera que estuvo allí el duque, tenia un verdadero placer en recibirlo.

Sin embargo, por un exceso de prudencia, monseñor el duque de Orleans, aguardó á que fuese de noche para entrar á Bremgasten y aprovechar la hospitalidad del general.

Allí ocurrió una aventura bastante singular.